

FRANCIS BACON Y LA HISTORIOGRAFÍA FILOSÓFICA

Arsenio Ginzo Fernández

arsenio.ginzo@uah.es

ABSTRACT

Bacon is presented here as a heir of the Renaissance's historiographical approaches. The article analyzes specially Bacon's contribution to a modern understanding of the history of philosophy: Bacon, as a representative of a militant Modernity which tries to face the whole of the history of philosophy, proposes a new interpretation of itself. In this point too Bacon stands as one of the fathers of Modern World.

RESUMEN

El artículo sitúa a Bacon como heredero de los planteamientos historiográficos renacentistas y analiza sus aportaciones a una concepción moderna de la historia de la filosofía. Bacon aparece en el horizonte de una Modernidad militante que se enfrenta a toda la historia de la filosofía y propone una nueva lectura ésta, de forma que también en este punto se presenta como uno de los padres del mundo moderno.

BACON Y EL LEGADO HISTORIOGRÁFICO RENACENTISTA

Uno de los rasgos más significativos de la filosofía de Bacon es su referencia constante a la historia de la filosofía a la que trata de interpretar desde el horizonte de la naciente Edad Moderna. Bacon y Descartes suelen ser considerados como los dos autores modernos *por excelencia*¹. Pero mientras el segundo no consideró necesario entrar en una discusión detallada de la tradición filosófica, a la hora de exponer los fundamentos de la nueva filosofía, Bacon sí lo hizo una y otra vez, y a este respecto ocupa un lugar no irrelevante en la constitución de la moderna historiografía filosófica.

Sin duda resultan evidentes varias limitaciones en la confrontación baconiana con la historia de la filosofía. A pesar de la riqueza de sus informaciones sobre el devenir histórico, las exposiciones e interpretaciones baconianas adolecen a menudo de simplificación, resultan con frecuencia imprecisas y poco rigurosas, pecando de globales y genéricas, y asimismo cabe advertir planteamientos reduccionistas que no hacen la debida justicia a toda la riqueza y amplitud de las manifestaciones filosóficas





a través del tiempo. Varios intérpretes han llamado con razón la atención sobre este punto. Pero hay que evitar enfrentarse a la obra baconiana con planteamientos demasiado simplificadores, tal como hizo frecuentemente el propio Bacon. Pues es preciso reconocer que junto a toda una serie de limitaciones, Bacon ha sabido destacar a la vez por su gran sensibilidad histórica, tanto respecto al pasado como por lo que atañe al carácter epocal del momento histórico excepcional que le correspondió vivir. Es más, Bacon supo prever con gran lucidez una serie de rasgos que iban a caracterizar al decurso de los tiempos modernos, cabiendo calificar a Bacon como un autor claramente futurista, tal como señala Ortega². En todo ello Bacon supo poner de manifiesto la historicidad del saber, en particular por lo que se refiere al mundo griego y al mundo moderno. Respecto a los griegos cabría subrayar la nueva relevancia concedida a los presocráticos frente al decurso posterior de la filosofía griega, especialmente Platón y Aristóteles. Bacon destacó además a la hora de vincular la comprensión de las distintas manifestaciones filosóficas a través de la historia con la naturaleza de las sociedades en cuyo seno han emergido, y con sus mutaciones y transformaciones, de modo que los cambios que cabría advertir en la historia del saber remiten en definitiva más allá de sí mismos. Por otra parte son conocidas también las limitaciones de Bacon por lo que se refiere al conocimiento y a la valoración de la situación científica de su tiempo, por más que ello no le haya impedido ver con gran lucidez el impacto que iba a tener la ciencia en la sociedad moderna.

He aquí provisionalmente algunos rasgos del pensamiento de Bacon acerca de la historiografía filosófica. Bacon está sin duda insatisfecho con la forma como en su tiempo se cultiva la historia de la filosofía. Hace por ello una propuesta nueva. Pero esto no quiere decir que no tenga una deuda importante con las aportaciones que el periodo renacentista había realizado en este punto. Bacon tiene una deuda profunda con las aportaciones que la naciente Edad Moderna había realizado al campo de la historia de la filosofía. Tal circunstancia es inseparable en última instancia del fenómeno conocido como el retorno de los filósofos antiguos³, que constituyó uno de los grandes acontecimientos en esta Era de los Descubrimientos.

Mediante dicho retorno va a experimentar un cambio profundo tanto el conocimiento del pensamiento antiguo como la perspectiva desde la que va a ser interpretado. Autores que durante la Edad Media apenas eran conocidos ahora van a ser recuperados de ese olvido. Otros que sí eran conocidos ahora lo van a ser de una forma más precisa y rigurosa. A este respecto los criterios y exigencias filológicos con que se aborda el estudio del pasado van a ser ahora más rigurosos. No en vano la filología se va a encontrar en este periodo en un momento especialmente cualificado⁴. Se ponían así las bases para un nuevo enfoque del pasado filosófico. Junto con un conocimiento más preciso de los distintos filósofos y escuelas se alumbró

¹ Cf. T. SORELL (ed.), *The Rise of Modern Philosophy*, Oxford, 1993, p. 3.

² J. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas IX*, Madrid, 1983, p. 538.

³ E. GARIN, *Il ritorno dei filosofi antichi*, Nápoles, 1994.

⁴ Cf. G. SANTINELLO (ed.), *Models of the History of Philosophy I*, Dordrecht, 1993, xxxii.

ahora una conciencia más lúcida de la historicidad de la filosofía. Un autor como E. Garin ha sabido expresar con toda la claridad deseable la nueva situación: «Es en esta atmósfera en transformación donde tiene lugar una nueva imagen del filósofo, una nueva manera de hacer historia de la filosofía. En un cierto sentido, incluso, es sólo ahora cuando nace aquella historia: con la exigencia de comprender el pasado como pasado, rico de sentido para los modernos y fuente de nostalgia, pero *distinto* de los modernos»⁵. Frente a la consabida falta de perspectiva histórica imperante en la Edad Media, el Renacimiento, aunque adopta a menudo actitudes miméticas respecto al pasado, es mucho más consciente de la historicidad del pensamiento, y en general de toda la cultura humana. Cabría hablar en este sentido del surgimiento del *homo historicus* a lo largo del Renacimiento⁶. No sólo las distintas corrientes filosóficas que se fueron configurando a lo largo del periodo renacentista compartían entre ellas el intento de fomentar la toma de conciencia de la historicidad del pensamiento sino que también la propia Reforma —con la que Bacon vincula abiertamente reiteradas veces su obra— va a incidir, movida por sus intereses religiosos, en la promoción de la historiografía filosófica⁷.

El pasado filosófico aparecía así bajo una nueva luz en la medida en que era sometido a un decidido proceso de historización, con una toma de conciencia mucho más clara de su condición temporal, lo que iba a tener como consecuencia una visión mucho más diferenciada de los perfiles de las distintas corrientes de pensamiento que configuraban la tradición, en definitiva, una visión más diferenciada del pluralismo filosófico de lo que se estilaba a lo largo de la Edad Media. Todo ello no podrá menos que incidir en la confrontación baconiana con la tradición filosófica. Bacon va a representar, no obstante, un momento histórico más consolidado de la conciencia moderna de lo que ocurría durante el Renacimiento. De ahí que si es innegable que las aportaciones renacentistas sobre la historicidad de la filosofía condicionaban profundamente las tomas de posición de Bacon, su actitud va a reflejar mucho más decididamente los puntos de vista de una Modernidad militante que toma abiertamente sus distancias frente a la tradición filosófica. De ahí que la confrontación baconiana con la historia de la filosofía se convierta en definitiva en una refutación de las filosofías, en una *Redargutio philosophiarum*, tal como reza el título de un importante escrito juvenil. De ahí el carácter polémico de toda la confrontación baconiana con la historia de la filosofía, una circunstancia que no se puede perder de vista a la hora de ofrecer una valoración de la obra de Bacon, en concreto su esquematismo y sus simplificaciones.

Bacon está convencido de que se ha iniciado una nueva época en la historia del pensamiento, y en definitiva en la historia de la humanidad que le sirve de soporte. Para que tenga éxito esa nueva época del pensamiento es preciso empen-

⁵ E. GARIN, *op. cit.*, p. 63.

⁶ Ch. B. SCHMITT y Q. SKINNER (eds), *The Cambridge History of the Renaissance Philosophy*, Cambridge, 1988, p. 760.

⁷ G. SANTINELLO, *op. cit.*, p. 52 ss.



der otras vías que las seguidas por la tradición. La *pars destruens* de la obra baconiana contiene una confrontación con las filosofías tradicionales, y trata de hacer ver las causas de su infecundidad, de su esterilidad. Esta primera parte polémica, destructora, constituye para Bacon un aspecto imprescindible para poder pasar a la *pars construens*, aquella parte que habría de orientar el avanzar de la humanidad en una nueva etapa de su historia, en una clara apertura al futurismo baconiano. La confrontación con la historia de la filosofía es llevada aquí por Bacon desde el horizonte de una profunda conciencia epocal que daría expresión a una nueva era tanto en la historia de la humanidad como, de una forma más específica, en la historia del pensamiento. Todo ello incide poderosamente en la concepción baconiana de la historia de la filosofía, de su historicidad y de su inserción en una sociedad determinada. En las páginas que siguen queremos dar algo más de concreción a lo que aquí someramente se ha apuntado.

BACON Y LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

1) *Visión general del problema.* Si Nietzsche hablaba del sentido histórico a modo de un sexto sentido, se podría decir que ese sentido histórico constituye también para Bacon una característica fundamental⁸. Cabría comenzar señalando que para un filósofo de la experiencia y de la inducción como es Bacon la historia reviste una importancia de primer orden, dado que la historia y la experiencia han de ser tenidas por la «misma cosa»⁹. En realidad las ciencias vienen a ser para Bacon como una especie de pirámide cuya única base estaría constituida por la historia y la experiencia¹⁰. De ahí la invitación baconiana a que las cosas se expongan históricamente (*plane historice res ipsae narrentur*). Tomada en su acepción general, la historia puede ser para Bacon historia natural, civil, eclesiástica y, por último, historia literaria (*Historia Literarum*).

Bacon consideraba que las tres primeras historias habían alcanzado en su tiempo un grado de desarrollo aceptable, pero no así la cuarta, que constituiría una especie de marco general de la historia del saber, o bien de la historia de las ideas¹¹, y que habría de abarcar también la historia de las ciencias y de la filosofía. A pesar de las aportaciones que habría que reconocerle en este sentido al periodo renacentista¹²,

⁸ L. LAMPERT, *Nietzsche and Modern Times. A Study of Bacon, Descartes and Nietzsche*, New Haven, 1993, p. 116.

⁹ *The Works of Francis Bacon* 1, 495, ed. by J. Spedding, R.L. Ellis y D.D. Heath, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1989 (ed. facsímil). (En adelante citaremos como: *Works*).

¹⁰ *Works* 1, p. 567.

¹¹ P. ROSSI, *Los filósofos y las máquinas 1400-1700*, Barcelona, 1970, p. 144.

¹² Bacon no deja de destacar el ingente trabajo filológico llevado a cabo por los autores del Renacimiento, y se refiere en este sentido a «las nuevas ediciones de autores, con impresiones más correctas, traducciones más fieles, glosas más provechosas, anotaciones más diligentes, etc.» (*El Avance del saber*, Madrid, 1988, p. 76; *Works* III, p. 323)



Bacon considera que tal proyecto de historia del saber sigue siendo un *desideratum*. Tanto en el escrito juvenil *The Advancement of Learning* como en el de madurez *De Augmentis Scientiarum* insiste sobre esta cuestión. No se trata de una ausencia cualquiera sino de aquel aspecto que resulta más iluminador, más clarificador dentro del proceso histórico. De ahí que no dude en recurrir a la imagen de Polifemo privado de su ojo, para ejemplificar esta situación: «parecíame ser la historia del mundo como la estatua de Polifemo con el ojo sacado, carente de aquella parte que mejor revela el espíritu y carácter del personaje»¹³. He aquí la gráfica descripción baconiana.

Bacon admite que se llevaron a cabo diversas aportaciones parciales en distintos campos del saber como son las realizadas por jurisconsultos, matemáticos, retóricos y también por los filósofos que habrían llegado a escribir una especie de crónicas (*memorials*) relativas a «las escuelas, autores y libros» de la correspondiente rama del saber. Pero Bacon busca una exposición más radical y rigurosa de esa historia y esto es algo que no existe todavía: «Pero una historia correcta del saber, donde se contengan las antigüedades y orígenes de los conocimientos, y sus sectas; sus invenciones, sus tradiciones; sus diferentes administraciones y cultivos; sus florecimientos, sus oposiciones, decadencias, disminuciones, olvidos, desapariciones, con las causas y ocasiones de ellos, y todos los demás sucesos relacionados con el saber, a lo largo de las edades del mundo, eso puedo afirmar con certeza que no existe»¹⁴.

En el propio *The Advancement of Learning* concreta Bacon su pensamiento acerca del método según el cual se ha de escribir la historia de la filosofía: la historia de la filosofía de cada autor ha de ser presentada de forma completa, en su desarrollo temporal y en su relación con su época¹⁵. Aunque Bacon no llegó a escribir ninguna historia de la filosofía, su obra está llena de referencias, desde los escritos de juventud a los de madurez. Y si hubiera que destacar dos aportaciones a este respecto, una sería sin duda el escrito juvenil *Redargutio philosophiarum*, en el que, a pesar de su esquematismo, Bacon expone su visión de la historia de la filosofía, especialmente de la griega¹⁶. El segundo escrito que cabe destacar sería el primer libro del *Novum Organum* en el que, dentro de la *pars destruens* de su obra, Bacon prosigue y amplía la refutación de las filosofías, intentando despejar el terreno para una nueva propuesta metodológica. En ambos casos se trata de una confrontación polémica con las filosofías del pasado. Esa confrontación tiene como objeto destacado la filosofía de Aristóteles y de sus seguidores¹⁷. Esto que es cierto a nivel gene-

¹³ *El Avance del saber*, p. 82; *Works* III, pp. 329-330.

¹⁴ *El Avance del saber*, *ibid.*; *Works* III, p. 330.

¹⁵ Cf. J. COSS, «F. Bacon and the History of Philosophy», en *Studies in the History of Ideas* 1, New York, 1918, pp. 81-82.

¹⁶ Recordemos aquí que Bacon expresó más de una vez el deseo de que se llevara a cabo una compilación de *antiquis philosophis* que fuera más satisfactoria tanto por lo que se refiere a su riqueza informativa como sobre todo a su rigor expositivo (cf. *El Avance del saber*, p. 115; *Works* III, p. 365; asimismo *Works* I, pp. 563-564).

¹⁷ E.H. ANDERSON, *The Philosophy of Bacon*, Chicago, 1948, p. 131.

ral también lo es por lo que se refiere de una forma más específica a la historiografía filosófica. Sin duda la visión que nos ofrece Bacon pretende ser en buena medida una alternativa a la historiografía filosófica aristotélica y a su proyección en el curso posterior de la historia del pensamiento. Es preciso por ello detenerse un momento en esta cuestión.

2) *Bacon y el cuestionamiento de la historiografía aristotélica.* Como es bien sabido, Bacon, junto con Descartes, Galileo y Hobbes, protagoniza el reflujo del aristotelismo en el siglo XVII, de modo que habrá que esperar hasta Leibniz, y sobre todo hasta Hegel, para que el Estagirita sea debidamente rehabilitado en el seno del pensamiento moderno. Ciertamente, ya el Renacimiento había preparado el terreno para esta desafección respecto a Aristóteles, aunque sea preciso tener una visión bastante más diferenciada del aristotelismo renacentista de lo que es el caso con frecuencia¹⁸. Pero aun haciéndolo así, hay que reconocer que con la llegada de los tiempos modernos iba a ser cuestionada la entronización de Aristóteles como «maestro de los que saben» (Dante) o como el «Filósofo» por antonomasia (Santo Tomás). Su monopolio iba a ser cuestionado tanto debido al conocimiento más preciso de las otras corrientes filosóficas de la Antigüedad como a causa de las nuevas experiencias y conocimientos que iba adquiriendo la incipiente Edad Moderna. Autores como Telesio, Patrizi o Bruno van a dar expresión a un nuevo talante crítico que va a afectar especialmente al ámbito de la *Física*. Pero la auténtica confrontación, que aparecía tanto más apremiante debido al hecho de que la enseñanza de la filosofía seguía controlada en buena medida por el aristotelismo, se iba a producir en el siglo XVII.

Será precisamente al entrar en contacto con ese ámbito académico cuando se va a producir la temprana aversión de Bacon hacia Aristóteles. Según relata su biógrafo W. Rawley, dicha aversión habría comenzado en efecto en sus años de estudiante universitario. Sin cuestionar la grandeza de Aristóteles, su filosofía se le antoja, no obstante, más propicia para las disputas y controversias que para producir obras provechosas para la vida humana¹⁹. A partir de ese momento Bacon va a estar obsesionado por la idea de ofrecer una alternativa a la filosofía aristotélica. Uno de los aspectos de esa alternativa concierne a la historiografía filosófica.

Sin duda, la confrontación de Bacon con Aristóteles tiene un carácter polémico y apasionado, y en este sentido no vamos a encontrar aquí un modelo de objetividad y de precisión. Cuando Hegel, al intentar una rehabilitación de Aristóteles, señala que con ningún filósofo se han cometido tantas injusticias como con el Estagirita, podría también incluir en ese reproche al propio Bacon²⁰. Pero ya sabemos que lo más valioso de la aportación baconiana a la historiografía filosófica no reside precisamente en ese punto. Pensamos que la relevancia de Bacon a este res-

¹⁸ Cf. Ch.B. SCHMITT, *Aristoteles in the Renaissance*, Cambridge, Mass, 1983.

¹⁹ «Dr. Rawley's life of Bacon», en *Works* 1, p. 4.

²⁰ G.W. Fr. HEGEL, *Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie* II, Frankfurt a. M., 1970, p. 133.

pecto consiste más bien en la finura de su sentido histórico, en la percepción nítida de la historicidad del pensamiento y de su vinculación con la sociedad que le sirve de soporte.

Por ello, a pesar de su parcialidad y de sus imprecisiones a la hora de abordar la filosofía de Aristóteles, sabe percibir lúcidamente la relevancia de la historiografía filosófica para el Estagirita. En este punto Bacon no se ha equivocado, por problemáticas que puedan ser muchas de sus valoraciones. Quizá cabría aludir aquí brevemente a dos grandes testimonios respecto a la vinculación de Aristóteles con la historia de la filosofía. El primero sería Hegel que, al abordar el tratamiento de la filosofía griega en su *Historia de la filosofía*, no puede menos de rendir homenaje a Aristóteles como la fuente más valiosa para su estudio. Las referencias e interpretaciones aristotélicas de la filosofía griega anterior resultan para Hegel de una importancia primordial a la hora de abordar ese gran periodo de la historia del pensamiento. Se destaca sobre todo el primer libro de la *Metafísica*: «Por lo que atañe a la filosofía griega, lo mejor que cabría hacer sería examinar el primer libro de su *Metafísica*»²¹. Por su parte el autor que revolucionó la comprensión de Aristóteles en el siglo xx, W. Jaeger, comienza su famoso ensayo sobre Aristóteles llamando la atención sobre la especial vinculación del pensamiento del Estagirita con la historia: «Aristóteles fue el primer pensador que se forjó al mismo tiempo que su filosofía un concepto de su propia posición en la historia», de forma que las concepciones filosóficas de Aristóteles se presentan como la consecuencia de la crítica que hace a los filósofos anteriores²².

Bacon por su parte va a coincidir con los dos eminentes estudiosos de Aristóteles a la hora de reconocer la relevancia de la vinculación del Estagirita con la historia de la filosofía griega, pero su valoración va a ser mucho más negativa en la medida en que se centra en la denuncia de la prepotencia intelectual con que el filósofo griego habría abordado el pensamiento anterior, instrumentalizándolo en beneficio propio. Ciertamente son conocidos los reparos que se vienen haciendo desde los estudios de H. Cherniss a la interpretación aristotélica de la filosofía griega²³. A este respecto Bacon está convencido de que Aristóteles ha ejercido una dictadura intelectual tanto sobre el rumbo que emprendió la evolución de la historia de la filosofía después de él como por lo que se refiere a la interpretación de la filosofía griega anterior. El rechazo de esta «dictadura» por parte de Bacon implica cuestionar el esquema historiográfico de que se sirvió Aristóteles²⁴.

Sin duda uno de los *leitmotivs* que recorren la obra de Bacon es su convicción de que Aristóteles ejerció una verdadera dictadura intelectual no sólo en su proyección histórica a través de la Escolástica sino también por lo que se refiere a su

²¹ G.W. F. HEGEL, *Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie* 1, Frankfurt a. M., 1970, p. 190.

²² W. JAEGER, *Aristóteles*, México, 1983, p. 11.

²³ Cf. H. CHERNISS, *Aristotle's Criticism of Presocratic Philosophy*, New York, 1964.

²⁴ P. ROSSI, «F. Bacon e la tradizione filosofica», en *Atti dell'Istituto lombardo di scienze e lettere* LXXXVIII (1955), p. 58.



actitud prepotente respecto a la sabiduría griega anterior. Por ello repetidas veces compara esa actitud de Aristóteles hacia los filósofos anteriores con la que habría observado su discípulo Alejandro Magno con los pueblos por él conquistados. Aristóteles en el plano intelectual habría querido emular a su discípulo. Así se expresa, por ejemplo, en *The Advancement of Learning*: «no es poco lo que me maravilla el filósofo Aristóteles, que procedió con tal espíritu de diferencia y contradicción respecto a toda la Antigüedad, empeñándose no sólo en acuñar a su antojo nuevas palabras científicas, sino en demoler y extinguir toda la sabiduría antigua, hasta tal punto que jamás nombra ni menciona un autor o una opinión antiguos si no es para confutarlos y condenarlos». Con ello Aristóteles habría observado un modo de proceder similar al de Alejandro: «Por lo que respecta al eminente Aristóteles, tengo para mí que debió aprender esa actitud de su discípulo, con quien parece haber querido rivalizar, conquistando uno todas las opiniones como el otro conquistó todas las naciones»²⁵. He aquí unos planteamientos que se reiteran a lo largo de la obra de Bacon.

Como consecuencia de ello, Bacon comienza por presentar un esquema interpretativo de la filosofía griega muy distinto del propuesto por Aristóteles y confiado por éste a la posteridad. Bacon va a distinguir «tres géneros» de filósofos griegos, ofreciendo una clasificación que pone de relieve la valoración baconiana de la cultura griega como dada a la palabrería y a las discusiones estériles. En sintonía con ello distingue Bacon en primer lugar al grupo de los sofistas propiamente dichos, a los que describe tópicamente como filósofos itinerantes dedicados a la educación de la juventud griega cobrando un precio por ello. Pretenderían, no obstante, ser algo más que maestros de oratoria, aspirando más bien a ejercer un magisterio universal en todos los temas relevantes.

El segundo grupo estaría formado al contrario por aquellos filósofos que «con mayor solemnidad y fama» se establecían en un lugar determinado y tenían sedes fijas, fundando escuelas en las que congregaban a oyentes y discípulos. En este grupo pone Bacon a los grandes fundadores de escuelas de la filosofía griega: Platón, Aristóteles, Zenón y Epicuro. Desprecian a los sofistas en sentido convencional, pero para Bacon estaríamos ahora ante un nuevo género de sofistas por mucho que critiquen a los primeros. Tal como señala en la *Redargutio philosophiarum*: «no vacilaré en decir ante vosotros que coloco a Platón y a Aristóteles entre los sofistas, si bien de una categoría, por así decir, corregida y reformada, pues veo enteramente la misma realidad en unos y otros»²⁶. Bacon no duda así en rebajar el *status* de los grandes triunfadores de la filosofía griega, ubicándolos en el ámbito de los sofistas. No cabe, no obstante, afirmar que Bacon fuera insensible sin más a la grandeza de un Platón o Aristóteles: «si alguno no cuenta a estos dos hombres, Platón y Aristóteles, entre los mayores talentos de los mortales, o es poco perspicaz o poco equita-

²⁵ *El Avance del saber*, pp. 102-103; *Works* III, p. 352.

²⁶ *Descripción y sumario de la segunda parte de la Instauratio. Refutación de las filosofías*, Madrid, 1985, p. 89 (en adelante: *Refutación de las filosofías*); *Works* III, p. 566.

tivo»²⁷. Pero considera, a pesar de todo, que su grandeza teórica queda desvirtuada por el predominio de un discurso excesivamente estéril y verbalista, aunque hace una crítica diferenciada de ambos grandes filósofos.

Debido a ello Bacon no duda en apartarse de la valoración tradicional de la culminación de la filosofía griega, desplazándose su centro de interés hacia un tercer grupo constituido por los que hoy llamamos presocráticos. He aquí uno de los aspectos más significativos de la historiografía filosófica de Bacon, el considerar a los hoy llamados presocráticos como la aportación más valiosa de los griegos a la historia del pensamiento. Estos primeros cultivadores de la filosofía se encontrarían alejados del bullicio y de las pompas académicas que tanto favorecerían el cultivo de la retórica y de la dialéctica entre los griegos, para entregarse por el contrario «en serio a la búsqueda de la verdad y a la contemplación de las cosas»²⁸.

En sintonía con el que va a ser el espíritu dominante de la ciencia moderna, Bacon va a destacar las aportaciones de los presocráticos frente a la concepción de la Naturaleza en Aristóteles, a la que considera demasiado ajena a la experiencia y violentada por la dialéctica. Ya en el escrito juvenil *Cogitata et visa* señala que algunos de los primeros filósofos lograron penetrar en el conocimiento de la naturaleza «longe et altius et acutius» que Aristóteles²⁹. También en la *Redargutio philosophiarum* reitera el mismo punto de vista. Se trata de una convicción que Bacon ya no va a abandonar hasta el final, como prueba este pasaje del *Novum Organum* en el que vuelve a situar las concepciones de la Naturaleza ofrecidas por los presocráticos por encima de la de Aristóteles: «Las homeomerías de Anaxágoras, los átomos de Leucipo y Demócrito, el Cielo y la Tierra de Parménides, la Amistad y el Odio de Empédocles, la resolución de los cuerpos en la naturaleza indistinta del fuego y su retorno al estado sólido según Heráclito tienen el sabor de la naturaleza de las cosas, de la experiencia y de los cuerpos, mientras que la Física de Aristóteles no suena generalmente más que a palabrería dialéctica»³⁰. Si los presocráticos en general se caracterizaban por una visión más fiel y profunda de la Naturaleza, ello sería cierto «sobre todo» en el caso de Demócrito. He aquí el pensador griego que Bacon trata de reivindicar ante todo. Demócrito y su escuela habrían penetrado en el conocimiento de la naturaleza «más que los demás»³¹. Se trata a la vez de aquel pensador griego que iba a estar especialmente cercano al espíritu de la revolución científica de comienzos de la Edad Moderna.

Es en este tercer grupo de filósofos donde Bacon situaba lo más relevante de la sabiduría griega, una sabiduría que Aristóteles habría intentado destruir: «de tal modo despreció a los antiguos que casi ni se digna nombrar a ninguno de ellos, como no sea para refutarlo o injuriarlo»³². De ahí que Bacon pretenda rectificar la

²⁷ *Refutación de las filosofías*, p. 87; *Works* III, p. 565.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ *Works* III, p. 602.

³⁰ *La Gran Restauración*, Madrid, 1985, pp. 113-114; *Works* I, p. 174.

³¹ *La Gran Restauración*, p. 105; *Works* I, p. 168.

³² *Refutación de las filosofías*, p. 93; *Works* III, p. 567.



visión historiográfica que ofrece Aristóteles acerca de los primeros filósofos. Es reveladora la forma en que Bacon describe su búsqueda apasionada de información sobre ellos y lo relevante que resulta para él su adecuada comprensión: «he recogido con máxima diligencia y cuidado hasta los más leves susurros acerca de las opiniones y pareceres de estos hombres, de suerte que hemos estado dando vueltas a todo cuanto puede hallarse en relación con ellos»³³. A este respecto sería difícil exagerar la relevancia que iba a tener en la rehabilitación de los presocráticos la obra de Diógenes Laercio, desde el inicio mismo del Renacimiento³⁴.

Sin duda la crítica baconiana de la actitud aristotélica respecto a los presocráticos sabe aprehender un determinado grado de violencia hermenéutica que Aristóteles ejercería sobre sus precursores desde su condición de «Filósofo» que culmina y da sentido al decurso del pensamiento griego. Pero lo que no resalta Bacon es que Aristóteles defiende una búsqueda comunitaria de la verdad, de forma que postula que se rinda justicia a todos los filósofos que forman la tradición, incluso a los que se hubieran expresado de una forma más superficial: «Pues también éstos contribuyeron con algo, ya que desarrollaron nuestra facultad de pensar. En efecto, si no hubiera existido Timoteo, nos faltarían muchas melodías. Pero sin Frinis, tampoco hubiera existido Timoteo. Lo mismo sucede con los que se han expresado acerca de la verdad»³⁵. Todo un homenaje a la búsqueda comunitaria de la verdad que ciertamente no hace infundada la denuncia baconiana pero muestra su carácter unilateral.

Pero la dictadura intelectual de Aristóteles no sólo se habría ejercido a juicio de Bacon sobre el pasado filosófico sino también sobre el futuro, en la medida en que por una serie de circunstancias el Estagirita va a quedar entronizado en Occidente como maestro de los que saben. Sin duda la intervención aristotélica no habría sido suficiente para provocar por sí sola la desaparición de la «sabiduría antigua». A la interpretación de Aristóteles se habría venido a añadir la acción devastadora de la invasión de los bárbaros a consecuencia de la cual los documentos de esa sabiduría desaparecieron en su mayor parte, logrando sobrevivir por el contrario doctrinas como las de Aristóteles, por motivos a los que nos referiremos más adelante.

Debido a esa capacidad de supervivencia la filosofía aristotélica estaría en condiciones de ejercer su dictadura intelectual en los tiempos venideros hasta llegar a la época del propio Bacon, como tuvo oportunidad de comprobar durante sus estudios universitarios³⁶. De ahí sus reiteradas y apasionadas descalificaciones de la escolástica que se encuentran a lo largo de toda su obra, a partir de los primeros escritos. Sin preocuparse gran cosa por las matizaciones, ahora aun en menor medi-

³³ *Refutación de las filosofías*, p. 103; *Works* III, pp. 569-570.

³⁴ Ch. B. SCHMITT y Q. SKINNER (eds.), *op. cit.*, p. 781.

³⁵ *Metafísica* II, 993b, Madrid, 1970. No sin razón puede escribir Ch. Whitney que Aristóteles fue más generoso con sus predecesores de lo que fue Bacon. Cf. Id., *F. Bacon and Modernity*, New Haven, 1986, p. 179.

³⁶ P. Rossi, *F. Bacon. De la magia a la ciencia*, Madrid, 1990, p. 104 ss; R.F. Jones, *Anciens and Modernes*, St. Louis, 1961, p. 114.

da que en el caso de los griegos, la escolástica se le presenta a Bacon como el paradigma del saber parasitario y degenerado que cultiva un discurso huero, verbal, desprovisto de contenido y sustancia, en cuyo contrafondo se encuentra su ignorancia de la filosofía natural y de la cultura histórica. Los escolásticos, de forma análoga a como sus personas estaban recluidas físicamente en sus monasterios y colegios, vivían también concentrados en unas pocas lecturas, principalmente en Aristóteles, «su dictador»³⁷. He aquí una expresión que Bacon no duda en reiterar. Los escolásticos disponen de mucho tiempo libre y a menudo de un notable ingenio que da origen a sofisticadas doctrinas que para Bacon vendrían a ser más bien «laboriosas telarañas del saber» que sin duda serían admirables «por la finura del hilo y de la obra, pero sin sustancia ni provecho»³⁸. Un Aristóteles banalizado seguiría así dominando el curso de la historia de la filosofía durante esta época y parte de la moderna. Bacon atribuye este reinado a la inercia intelectual, al gregarismo que vive de la autoridad y rehúye enfrentarse directamente con las cosas³⁹. Si la apertura a la experiencia era insuficiente en Aristóteles, con los escolásticos la situación no hace más que agravarse. Bacon apenas se molesta en matizar ulteriormente esta situación vista así globalmente.

A pesar de todo, Bacon no puede ignorar sin más que con la llegada de los tiempos modernos la tradición escolástica hizo un esfuerzo meritorio para adaptarse a los nuevos tiempos. Pero Bacon está convencido de que la época exigía un cambio más profundo en el rumbo de la ciencia y la filosofía: «En vano se espera un gran incremento de las ciencias por medio de la superposición e inserción de lo nuevo sobre lo viejo. La restauración ha de hacerse desde los primeros fundamentos a no ser que se prefiera un perpetuo girar en círculo con un progreso escaso y casi despreciable»⁴⁰. Tal es la tarea que Bacon se va a proponer con su proyecto de Gran Restauración que entre otras cosas va a plantear una alternativa a la concepción aristotélica de la historia de la filosofía.

3) *El verdadero autor de los autores: el Tiempo*. Vemos cómo toda la obra de Bacon procura cuestionar el lugar y la relevancia de aquel que fue considerado como el «Filósofo», aunque ello ocurra de una forma que resulta demasiado esquemática y simplificadora. En primer lugar la prepotencia intelectual de Aristóteles y después la inercia intelectual y el gregarismo habrían conducido a esta situación en la que la Autoridad es considerada como el criterio de acuerdo con el que habría que dilucidar el problema de la verdad. Frente a ello Bacon va a hablar de un peculiar «autor de los autores», a saber, el Tiempo. El tópico de la *Veritas filia Temporis* ocupa en efecto un lugar central en el pensamiento de Bacon. Mediante este referente Bacon espera, entre otras cosas, reubicar la filosofía de Aristóteles en su marco adecuado.

³⁷ *El Avance del saber*, p. 42; *Works* III, p. 286.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ *La Gran Restauración*, p. 131; *Works* I, p. 185.

⁴⁰ *La Gran Restauración*, p. 95; *Works* I, p. 162.



Este autor de los autores, el Tiempo, no descalifica sin más a los otros autores pero los relativiza y trata de reducirlos a sus verdaderas dimensiones. Bacon está convencido de que se ha rendido demasiado culto al argumento de autoridad a través de los tiempos en las cuestiones filosóficas y científicas. Frente a ello va a postular que la verdad es hija del Tiempo y no de la Autoridad, y en definitiva que el descubrimiento de las cosas se ha de buscar en la luz de la naturaleza y no en las tinieblas de la Antigüedad⁴¹. Ocupa un lugar central en la obra de Bacon la idea de la temporalidad como horizonte en el que acontece el desvelamiento de la verdad. El Tiempo como autor de los autores tendría como misión el desvelamiento progresivo de la verdad⁴². Bacon está convencido de que este autor tan peculiar no ha agotado su capacidad de procreación en el pasado tal como podría sugerir el culto a la autoridad de la Antigüedad, en especial de Aristóteles: «Parece como si se temiera que el tiempo no fuera ya capaz de tener hijos y generar»⁴³. Al contrario, Bacon está convencido de que su época está asistiendo al nacimiento de una nueva época, de especial relevancia, en la historia de la humanidad: *Temporis partus masculus* reza el título de uno de sus escritos juveniles más significativos. Toda la obra de Bacon está dominada por esta conciencia epocal. Volveremos sobre ello.

No obstante, a menudo el pensamiento baconiano es menos lineal de lo que en un principio podría parecer. Algunas de las peculiaridades del pensamiento de Bacon se deben al hecho de que algunos tópicos renacentistas siguen condicionando sus planteamientos en cuanto autor de transición⁴⁴. También el tópico de la *Veritas filia Temporis* se presenta más complejo de lo que podría parecer a primera vista. En efecto, junto a la idea del Tiempo como instancia que nos va desvelando progresivamente la verdad, y que podría evocar a autores como Hegel y Comte, aparece repetidas veces en Bacon una visión más pesimista acerca de la función del Tiempo. Podemos encontrar esta visión desde los escritos de juventud hasta los de madurez. De acuerdo con ella el Tiempo vendría a ser semejante a un río o torrente que hace llegar hasta nosotros los elementos más ligeros, dejando sumergirse, por el contrario, los más sólidos y pesados⁴⁵. Por paradójico que parezca, Bacon cree encontrar aquí la causa última de la supervivencia de las filosofías de Platón y Aristóteles cuando sobrevino la invasión de los bárbaros y se produjo el hundimiento de la sabiduría antigua. Aristóteles habría sin duda contribuido a ese hundimiento mediante su interpretación descalificadora de ese periodo filosófico. Pero éste habría logrado sobrevivir, en parte al menos, hasta que se produjo la mencionada invasión de los bárbaros. Producida esa grave crisis la filosofía aristotélica se habría salvado «por ser de un material en cierto modo más ligero y menos sólido»⁴⁶, mientras que sus adversarios

⁴¹ *Works* III, p. 535, p. 605.

⁴² *El Avance del saber*, p. 46; *Works* III, p. 290.

⁴³ *El Avance del saber*, p. 47; *Works* III, p. 291.

⁴⁴ Cf. W. KROHN, *F. Bacon*, München, 1987, p. 10, p. 173.

⁴⁵ *Refutación de las filosofías*, p. 95; *Works* III, pp. 567-568.

⁴⁶ *Ibidem*.



por el contrario habrían perecido. Abundando en este tema, Bacon señala que es un error pensar que a lo largo del tiempo prevalece y se impone sobre las demás aquella teoría que es de por sí más consistente. Frente a esto Bacon opina que si sometiéramos a un nuevo examen el pasado, probablemente acabaríamos reivindicando algo anteriormente rechazado y condenado al olvido, pues la multitud, y también los más sabios por influjo de la multitud, habrían estado dispuestos a «poner en circulación antes lo popular y superficial que lo sustancial y profundo»⁴⁷. El autor de la teoría de los ídolos pone mucho énfasis en llamar la atención sobre la presencia del falso conocimiento en la historia. Pero a la vez es un apasionado buscador del auténtico conocimiento, y la historia también en este caso mostraría su fecundidad.

Tal como señala A. Guibbory, en la historia, tal como la concibe Bacon, podemos advertir tanto un proceso degenerativo como uno progresivo. En ocasiones el propio Bacon se refiere en un mismo contexto a las dos visiones del problema del Tiempo⁴⁸. Pero a la vez Bacon está convencido de que el futuro no está condenado a repetir los errores del pasado y de que con la llegada de los nuevos tiempos la humanidad puede estar en condiciones de superar los ciclos degenerativos del pasado. En este sentido la posibilidad de cambiar el rumbo de la historia vendría a ser el correlato de la capacidad humana de dominar la naturaleza y de transformarla⁴⁹. Bacon con su nueva propuesta aspira a que después de muchos siglos la filosofía y la ciencia dejen de estar suspendidas en el «aire» para apoyarse por el contrario en los «sólidos fundamentos» de una experiencia diversificada y contrastada. El Tiempo llegaría así a un momento de especial plenitud, al alumbramiento de una época señalada: *Temporis partus masculus*. Tal parto especial del Tiempo en que le correspondió vivir es lo que va a incitar a Bacon a desplazar la consideración que tradicionalmente se atribuía a la Antigüedad clásica, y en la que insistía el Renacimiento, en beneficio de los tiempos modernos. Serían éstos propiamente los que merecerían ser considerados como la verdadera Antigüedad. He aquí la forma como Bacon se pronuncia a este respecto en un importante pasaje del *Novum Organum*: «la opinión que los hombres tienen de la antigüedad es completamente superficial y contradictoria con esa misma palabra, pues por antigüedad hemos de considerar en realidad la edad más madura y adulta y no al estado juvenil del mundo, que era el de los antiguos»⁵⁰. Insistiremos ulteriormente en este punto, pero antes parece preciso detenerse un momento en la consideración de una sabiduría pregregia, conservada parcialmente a través de los mitos, en la que Bacon insiste en algunos escritos, y además habría que hacer referencia al saber y al poder de que disfrutó Adán antes de la Caída, saber y poder cuya Restauración, por otros medios, pretende llevar a cabo Bacon. En efecto el término *Instauratio* utilizado por el filósofo parece tener tanto la acepción de «restauración» como de «nuevo comienzo».

⁴⁷ *El Avance del saber*, pp. 45-46; *Works* III, pp. 289-290.

⁴⁸ A. GUIBBORY, *The Map of Time*, Chicago, 1986, pp. 49-50.

⁴⁹ *La Gran Restauración*, p. 138; *Works* I, p. 190.

⁵⁰ *Works* III, p. 84.



4) *El saber pregregio*. Veámos cómo dentro de la filosofía griega Bacon desplazaba el centro de interés hacia los primeros filósofos, y cómo dentro de estos últimos mostraba una sintonía especial con la figura de Demócrito. Pues bien, una de las peculiaridades de la filosofía de Demócrito consiste a los ojos de Bacon en su convergencia con la sabiduría primordial, la del «prisci seculi»⁵¹, el tema de la *prisca sapientia* tan arraigado en el pensamiento renacentista, al que también Bacon paga tributo en algunos de sus escritos, sobre todo en *De veterum sapientia*. Tal como escribe P. Rossi: «Más allá de toda reserva crítica y de toda incerteza, continúa viva en Bacon la creencia en una lejana época sabia y feliz cuyo recuerdo está casi completamente apagado pero a la que es necesario retornar»⁵². Habría así una sabiduría pregregia de la que nos darían testimonio los mitos, que tratan de mostrarnos con su lenguaje peculiar la existencia de un conocimiento que, aunque rudo, percibiría más adecuadamente la verdadera condición de la naturaleza de lo que sería el caso en los griegos. Mejor incluso que los primeros filósofos griegos, pues de alguna manera Bacon también haría extensivas a éstos las críticas que hacía a los griegos en general. Sin duda valoraba especialmente a los presocráticos. Sus tesis, sobre todo las de Demócrito, le resultaban a Bacon más satisfactorias, pero, en última instancia, escribe en la *Redargutio philosophiarum*, todos ellos «eran semejantes, pues la filosofía de los griegos es a modo de una única nave: siendo diversos los errores, son comunes las causas»⁵³.

De esta forma la historia baconiana del saber, al menos en ciertos pasajes de su obra, se remonta más allá de los griegos. Tal como señala en *De veterum sapientia*, esa sabiduría, aunque caída normalmente en el olvido, se nos habría conservado parcialmente a través de los mitos y las fábulas que recogen la antigua sabiduría de la humanidad y la transmiten después a los griegos⁵⁴. Estamos sin duda ante uno de los aspectos más discutidos de la obra de Bacon, pero se trata en todo caso de un aspecto que es acorde con su tendencia a buscar en el periodo anterior a Aristóteles una concepción de la naturaleza más satisfactoria que la que éste nos ha transmitido y que después ha dominado la historia del saber hasta la época de Bacon⁵⁵.

Pero el referente último de la concepción baconiana lo constituye sin duda el saber y el poder de que gozaba Adán antes de la Caída. Sería precisamente esa Caída la que señalaría el comienzo de la prolongada historia del falso conocimiento a causa del cual el hombre se habría separado del verdadero saber, tanto acerca de Dios como de la naturaleza⁵⁶. Antes de la Caída, por el contrario, Adán habría gozado de la plenitud del saber y consecuentemente del poder. Bacon consideraba que la época excepcional que le había correspondido vivir estaba llamada a restaurar, desde un nuevo horizonte, las condiciones del saber adánico. La *Instauratio*

⁵¹ *Ibidem*.

⁵² P. ROSSI, *De la magia a la ciencia*, p. 230.

⁵³ *Refutación de las filosofías*, p. 105; *Works* III, p. 570.

⁵⁴ *Works* VI, p. 625 ss.

⁵⁵ A. GUIBBORY, *op. cit.*, p. 46.

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 46-47.

Magna se iba a presentar así como Restauración de la prístina condición del hombre y a la vez como un nuevo comienzo que vendría a suponer la aurora de una nueva plenitud. De esta forma en Bacon el retorno a los orígenes se muestra convergente con la proyección hacia el futuro. En este sentido se ha podido afirmar con razón que el proyecto baconiano referente a la *Instauratio Magna* se presentaba en una perspectiva «escatológico-milenarista»⁵⁷.

Resulta significativa a este respecto la conclusión del segundo libro del *Novum Organum*: «el hombre cayó de su estado de inocencia y de su reino sobre las criaturas por causa del pecado. Sin embargo, una y otra cosa pueden repararse en parte en esta vida; la primera mediante la religión y la fe, la segunda mediante las artes y las ciencias, pues la maldición no ha tornado a la criatura completamente rebelde hasta el extremo»⁵⁸. Se trataría para Bacon de acceder a una nueva inocencia⁵⁹ y a una nueva reconciliación con la naturaleza y con los designios divinos. De esta forma la historia baconiana del saber no pierde de vista el horizonte religioso. También desde esta perspectiva su posición nos parece peculiar. Por un lado el referente religioso parece desempeñar en su pensamiento un papel más relevante de lo que algunos intérpretes parecen reconocer. Pero por otro Bacon se nos presenta claramente inmerso en el moderno proceso de secularización, como heraldo del *regnum hominis*, de lo que de una forma gráfica H. Blumenberg ha denominado la restauración «inmanente» del paraíso⁶⁰. Otra manifestación sin duda del *Zeitgeist*, al que tan sensible se mostró Bacon.

BACON Y SU CONCIENCIA EPOCAL

Uno de los rasgos más significativos de la obra de Bacon es su conciencia epocal. Una y otra vez expresa su convicción de que la humanidad había entrado en un momento de especial plenitud de la que no estaba ausente tampoco la dimensión religiosa. Bacon vive con especial apasionamiento la convicción de que la humanidad había iniciado una nueva fase de su existencia y con ello un nuevo periodo en la historia del saber. Una vez que Adán perdió la perfección inicial ninguna otra época habría alcanzado la plenitud que Bacon no dudaba encontrar en su época. Es significativa en este sentido la frecuencia con que aparece el término «novus» en la obra baconiana. Marta Fattori en su léxico sobre el *Novum Organum* constató que dicho término aparece en ese escrito unas 109 veces⁶¹.

En la Era de los Descubrimientos Colón se presentaba como la figura paradigmática del nuevo periodo histórico. A este respecto venía a ser a la vez aquella

⁵⁷ Cf. M.A. GRANADA, «Prólogo» a F. Bacon, *La Gran Restauración*, ed. cit., p. 8.

⁵⁸ *La Gran Restauración*, p. 366; *Works* 1, p. 365.

⁵⁹ *La Gran Restauración*, p. 121; *Works* 1, p. 179.

⁶⁰ H. BLUMENBERG, *Die Legitimität der Neuzeit*, Frankfurt a. M., 1988, p. 456.

⁶¹ Cf. M. FATTORI, *Lessico del Novum Organum*, Roma, 1980.



figura con la que Bacon gustaba de compararse, pretendiendo protagonizar en el plano intelectual un viraje que se pudiera equiparar con el del gran Descubridor: «Por eso hemos de abrir y proponer nuestras conjeturas, base de una esperanza probable en este asunto, tal y como hizo Colón»⁶². Colón antes de emprender su «maravillosa travesía» por el Atlántico había expuesto las razones en las que creía poder apoyarse para apartarse de las explicaciones tradicionales y fundamentar su esperanza de descubrir nuevas tierras. Tal es también la aspiración de Bacon respecto a su propuesta alternativa frente al saber tradicional.

Por otra parte la proeza de Colón no era el único de los grandes Descubrimientos coetáneos en los que gustaba inspirarse Bacon. La vuelta a la tierra por primera vez es otro de sus referentes preferidos a la hora de exponer el sentido de la nueva revolución intelectual. Debido al éxito en esa empresa de dar la vuelta a la tierra, los modernos podrían con razón escoger como divisa la expresión *plus ultra* frente al *non ultra* de los antiguos. Las columnas de Hércules habrían sido traspasadas con la llegada de los nuevos tiempos y la humanidad asistiría asombrada al desbordamiento constante de los estrechos horizontes fijados por la tradición. Bacon vive esta situación como una especie de plenitud escatológica a la que ha de sumarse una correlativa revolución en el plano del saber. Es un tema sobre el que Bacon va a insistir reiteradas veces a lo largo de su obra. Así lo hace, por ejemplo, en *The Advancement of Learning*: «este progreso de la navegación y los descubrimientos puede asimismo instaurar una esperanza del mayor progreso y aumento de todas las ciencias, porque parece como si Dios hubiera ordenado que fueran coetáneos, esto es, coincidentes en una misma época»⁶³. Bacon considera que es posible ver en todo ello el cumplimiento del anuncio del profeta Daniel: *plurimi pertransibunt, et multiplex erit scientia*, como «si estuviese dispuesto» que ambos acontecimientos, los grandes Descubrimientos y la correlativa revolución teórica, tuvieran lugar en la misma época.

En consonancia con ello la obra de Bacon está llena de «manifiestos» que anuncian una nueva época, y, de una forma más específica, la emergencia de un nuevo saber. Así vemos que en la *Redargutio philosophiarum* cuando al protagonista, que refleja el punto de vista de Bacon, se le pregunta a qué se dedica en sus ratos de ocio, su respuesta es: «estoy rumiando una Renovación de la Filosofía que nada tenga de vano o de abstracto y que mejore las condiciones de la vida humana»⁶⁴. Tal va a ser en efecto el objeto constante de la reflexión de Bacon en su intento de ofrecer una respuesta satisfactoria a los nuevos tiempos. Después de tantos siglos en que la filosofía y las ciencias habrían estado algo así como suspendidas en el aire, Bacon invita a la formulación de un saber sólidamente fundamentado⁶⁵. Sólo así el

⁶² *La Gran Restauración*, p. 151; *Works* I, p. 199.

⁶³ *El Avance del saber*, p. 92; *Works* III, p. 340.

⁶⁴ *Refutación de las filosofías*, p. 65; *Works* III, p. 559.

⁶⁵ *La Gran Restauración*, p. 47; *Works* I, p. 124.

saber habrá abandonado su carácter errático y estéril que le habría condenado a la inoperancia en el pasado.

Bacon abrigaba por tanto la esperanza de que se estaba iniciando un nuevo periodo en la historia del saber. No duda en afirmar la superioridad de los modernos frente a los griegos y a los romanos, no porque éstos carecieran de ingenio y de capacidad especulativa sino porque no habrían encontrado el método idóneo para aproximarse al conocimiento adecuado de la realidad. Bacon era consciente sin duda de que su proyecto podía sonar demasiado presuntuoso. Por ello trata de matizar su propuesta señalando que ha de ser concebida más bien como fruto de la época que del ingenio⁶⁶. Asimismo es relevante en este sentido su perspectiva religiosa pues según ella se trataría de desechar las falsas opiniones de los hombres, en las que encontrarían satisfacción, para dejar paso a una concepción que fuera a la vez más fiel a la naturaleza y a los designios divinos. Por último, Bacon concibe su proyecto de reforma del saber como algo que tendría que ser realizado, con el concurso de muchos, como una tarea colectiva, a lo largo de la nueva época. El proyecto de la *Instauratio Magna*, señala, está destinado a la «posteridad»⁶⁷. Todavía con mayor rotundidad le escribe al Padre Fulgencio en 1625: yo trabajo para la posteridad; estas cosas requieren siglos para su desarrollo⁶⁸.

En este horizonte Bacon se va a considerar más bien como una especie de heraldo de una nueva forma de saber, como una especie de adelantado que trata de convocar a los otros ingenios a una tarea colectiva. De ahí que no dude en presentarse como el «campanero» (*bell-ringer*)⁶⁹ o bien como el «trompetero» (*buccinator*)⁷⁰ que convoca e incita a los demás hombres para que tomen conciencia de la nueva época y contribuyan a la realización del nuevo proyecto.

FILOSOFÍA Y SOCIEDAD

Resulta ineludible, por último, hacer referencia a la vinculación que establece el autor entre los diferentes periodos de esa historia con la sociedad concreta en cuyo seno emerge, y cuyas posibilidades y límites refleja teóricamente. Ya nos hemos referido a que Bacon concebía su propia filosofía más como parto del tiempo que del ingenio. A pesar de su talante reduccionista y simplificador, pensamos que también en la insistencia en la apertura de la filosofía a la sociedad reside una de las aportaciones de Bacon a la historiografía filosófica de su tiempo. En un pensador para el que es tan central el problema de la experiencia resultaba especialmente

⁶⁶ *La Gran Restauración*, pp. 45-46; *Works* 1, p. 123.

⁶⁷ *La Gran Restauración*, p. 60; *Works* 1, p. 133.

⁶⁸ *Works* XVI, p. 531.

⁶⁹ *Works* X, p. 254.

⁷⁰ *Works* 1, p. 579.



relevante el tipo de sociedad que le sirve de soporte. El decurso de la historia de la filosofía no se puede así enjuiciar sólo con criterios inmanentes sino que remite más allá de sí mismo.

Por ello en aquellos pasajes de su obra en que expone su visión de la historia de la filosofía no puede omitir referirse al contrafondo social y material en que surgen. A este respecto se ha podido afirmar con razón que las limitaciones del saber tradicional con las que Bacon se confronta reiteradamente a lo largo de su obra, son en gran medida las limitaciones que Bacon cree descubrir en las sociedades en cuyo seno surgen⁷¹. Así ocurre en el caso de Grecia, objeto de especial atención por parte de Bacon a causa de su gran relevancia histórica. En este sentido tanto la filosofía como la sociedad en general de los griegos representarían la fase infantil, inmadura, en la historia de la humanidad. Por ello no puede menos de celebrar el vaticinio de aquel sacerdote egipcio que según refiere el *Timeo* platónico no dudaba en proclamar: «vosotros, los griegos, seréis siempre niños»⁷². Tal es en efecto el objeto de las reiteradas críticas que Bacon realiza a la filosofía de los griegos. Así se expresa, por ejemplo, en la *Redargutio philosophiarum*: «¿cómo no va a ser una suerte de infancia esa filosofía, que sabe charlatanear y pleitear pero no es capaz de engendrar ni de procrear, esa filosofía que, incapacitada por las discusiones, resulta huera de obras?»⁷³. Pues bien, esa condición infantil convendría asimismo a la sociedad griega como tal, una sociedad que Bacon describe como próxima a las fábulas (esta vez en sentido peyorativo), pobre de historia, poco informada o ilustrada en cuanto a viajes y a conocimiento del mundo. Todo ello hace concluir a Bacon que la experiencia de los griegos era marcadamente limitada. En la civilización griega tanto el conocimiento histórico como el geográfico eran escasos y superficiales, lo cual, escribe Bacon, «es un grandísimo obstáculo, sobre todo para quienes todo lo ponen en la experiencia»⁷⁴. Bacon está convencido por tanto de la correspondencia entre las limitaciones de la civilización griega y las de su pensamiento filosófico y científico.

Por su parte la llegada e implantación del Cristianismo también va a condicionar de una forma profunda la marcha de la filosofía. La Filosofía Natural a la que Bacon considera como la «gran madre de las ciencias», como su raíz y soporte, no podía encontrar ahora un clima propicio para su desarrollo. Poco tiempo, se lamenta Bacon, se le podía dedicar a esta temática en una época en la que la teología absorbía gran parte de las energías. Se perfilaba por el contrario un horizonte propicio para el saber escolástico.

Especialmente visible considera Bacon dicha conexión por lo que atañe al mundo moderno. Bacon se va a complacer en acentuar el contraste entre la apertura de horizontes experimentada en el mundo moderno y su carácter limitado en el

⁷¹ M.A. GRANADA, *El umbral de la Modernidad*, Barcelona, 2000, p. 496.

⁷² *Refutación de las filosofías*, p. 81; *Works* III, p. 563.

⁷³ *Ibíd.*

⁷⁴ *La Gran Restauración*, p. 126; *Works* I, p. 182.



mundo antiguo, y asimismo en resaltar el conjunto de nuevas experiencias que ha ido acumulando el hombre moderno, lo que implicaría la necesidad de una nueva filosofía y una nueva ciencia. Los horizontes de la humanidad en la Era de los Descubrimientos se han ampliado como nunca antes, invenciones como la imprenta, la brújula, la pólvora están transformando de un modo radical la forma de vida tradicional de los hombres y la cambian cada vez más. Nuevas invenciones se producen al socaire de las primeras. Es significativo que ya en *Cogitata et visa* señale Bacon que de la invención de la imprenta, la brújula y la pólvora se siguieron infinitos cambios en las cosas y que no hubo imperio, secta o estrella que haya mostrado un influjo mayor en las cosas humanas que el que tuvieron estos inventos⁷⁵. Todo estaba exigiendo a los ojos de Bacon otro giro en el plano intelectual mediante el que fuera posible hacer un uso «mejor» y «más perfecto» de la mente y del entendimiento humanos.

Pensamos que cabe concluir que los planteamientos historiográficos de Bacon ocupan sin duda un lugar importante en su obra. Su valoración en definitiva se nos antoja ambivalente. Por un lado los planteamientos baconianos se presentan a menudo imprecisos y poco rigurosos, proclives al reduccionismo y a la simplificación. Esta circunstancia afecta no sólo a sus valoraciones de los distintos filósofos o corrientes filosóficas sino también a su marcada tendencia a identificar la filosofía y las ciencias⁷⁶, lo que le impide, entre otras cosas, hacer una valoración más objetiva y ecuánime de la aportación filosófica de los griegos, y en general de toda la historia de la filosofía, tomada en su especificidad. Pero a pesar de ello pensamos que la contribución baconiana a la historiografía filosófica fue importante. Supo percibir bien la historicidad del pensamiento, pone de relieve la vinculación del pensamiento con la sociedad general que le sirve de soporte postulando así su imprescindible contextualización, propone nuevas y más rigurosas exigencias metodológicas, y asimismo sabe hacer una serie de aportaciones puntuales que van a desempeñar un papel positivo en la renovación de la historia de la filosofía. No deja de ser significativo que la Inglaterra del siglo XVII, bajo el influjo de Bacon, jugara un papel destacado en la configuración de la moderna historiografía filosófica, más allá de los planteamientos renacentistas, cabiendo aducir como muestra de ese influjo la *History of Philosophy* de Th. Stanley en la que toma cuerpo la necesidad de ofrecer un análisis histórico de la filosofía, a partir de los nuevos presupuestos⁷⁷. Pensamos que también en lo referente a la historiografía filosófica Bacon puede ser considerado, a pesar de toda su ambivalencia, como uno de los padres del mundo moderno⁷⁸.

⁷⁵ *Works* III, p. 611.

⁷⁶ M. GUEROUULT, *Histoire de l'Histoire de la Philosophie*, París, 1984, p. 266.

⁷⁷ G. SANTINELLO *op. cit.*, p. 163 ss.

⁷⁸ Para una historia del baconismo puede verse el documentado estudio de A. Pérez-Ramos, *F. Bacon's Idea of Science and the Maker's knowledge Tradition*, Oxford, 1988.